

SER MUJER AL FIN

En lugar de aceptar su diferencia, el hombre ha preferido hacer de ella un ser inferior. Incapaz de comprenderla, ha optado por definirla.

«EVA no fue la primera mujer de Adán, me asegura un neofeminista. La primera mujer se llamaba Lilith. Fue extraída directamente del barro por el gran alfarero. Como Adán. Una criatura soberbia. Dotada de una fuerza extraordinaria. Al verla, el hombre se puso lívido. No podía tolerar la presencia de otra tan distinta: acudió a quejarse al de arriba: Lilith no era ni débil ni sumisa. Para colmo de impudicia, se le colocaba encima en lugar de sometersele... El mundo al revés. El Creador se encargó de rectificar el entuerto. Se calzó los guantes de gran cirujano e hizo a Eva de una costilla de Adán. Para su placer y a su servicio. Lilith, mientras tanto, se había largado».

Sorprendida por tan sensacional revelación, me dediqué a explorar la Génesis en busca de Lilith. La encontré, ciertos matices radical-feministas al margen, en la tradición rabínica, fundada a su vez esta última en leyendas asirio-babilónicas. Transformada en demonio por el falócrata supremo, tras su abandono del paradisiaco domicilio conyugal.

Son —somos— unas cuantas las «diablillas» descendientes de Lilith que rechazamos la paternidad de Adán y de Eva. Frente a nues-

si-Adanes. Como subproductos o sucedáneos de ese producto acabado que es el hombre. Unas cuantas dispuestas a quemar tanto el viejo hábito de la «mujer-fémica», cortado y cosido por el gran costurero como los nuevos calzones de las «travesties».

«Lamadme Lilith», proponen esas mujeres que buscan sus señas de identidad en medio de las «mujeres-mujeres», surgidas de los fantasmas masculinos y de los «falsos chulos», y rechazadas por esos mismos fantasmas. No una identidad de compromiso, no una figura híbrida que participe de ambas caricaturas, sino un «yo». Otro. Distinto.

La palabra sacrilega ha sido pronunciada. Tratad, pues, de proclamar que la mujer es «diferente». Que está marcada por esa diferencia hasta en la misma médula. Que lleva el sello de su calidad de mujer en cada una de las células que constituyen su tejido. Que su sexo cromosómico la impregna enteramente: tanto su psique como su soma, su condición física como su metafísica.

He intentado proclamarlo. Y me he dado cuenta que el solo hecho de pronunciar la palabra provoca indignación. Reconocer abiertamente que existen dos sexos no es en

Mariella Righini

tras máquinas de escribir, nuestros esterilizadores de biberones y nuestros fregaderos detrás de nuestros mostradores, nuestras ventanillas, y no necesariamente en el marco del grupo «psicoanálisis y política», ni entre las feministas revolucionarias o demás movimientos de «liberación». Unas cuantas que no vivimos ya como super-Evas o cua-

absoluto una posición cómoda. En seguida la tachan a una de sexista. Imposible afirmar esa diferencia sin que te hagan un proceso de intenciones. O te dirijan una advertencia patética: «No juegues a aprendiz de brujo. Esas cosas conviene tratarlas con precaución extrema. Es un camino abierto a todo tipo de errores, de abusos y de exclusiones». O bien te aconsejan que hagas discretamente mutis: «No pierdas el tiempo dividiendo en cuatro los cromosomas, tratando de averiguar el sexo de los ángeles...». Y se actúa precisamente como si la mujer no tuviese sexo. En lugar de asumir sencillamente un dato tan simple, se opta por ocultarlo. Nadie se encuentra a gusto frente a la «alteridad». Lo mismo quienes la minimizan como los que la dramatizan o la convierten en blanco de su sarcasmo. Unos y otros son víctimas del mismo postulado: «Cada vez que se evoca la diferencia se hace a expensas de lo diferenciado».

¿Y si la mujer dejase de vivir su diferencia como una carencia y la igualdad como una promoción? ¿Y si hiciéramos con el derecho a la diferencia lo mismo que con el derecho a la pereza, es decir, si lo colocásemos, en la lista de prioridades, inmediatamente detrás de los sacrosantos derechos a la igualdad y al trabajo? ¿Y si después de haber sido perseguida primero



y renegada más tarde, la «otredad» pudiese por fin afirmarse a sexo descubierto? Si..., si...

Las ideas en torno a la diferencia comienzan a infiltrarse en el ideal unitario de Occidente. A pesar de su solidez el hombre unidimensional comienza a presentar ciertos resquicios. El macho-blanco-adulto-burgués-medio que se creía el único con derecho a existir ha de contar en adelante con los demás: mujeres, negros, amarillos, jóvenes, viejos, proletarios, locos, salvajes, todos los cuales vivían aunque sin existir.

Los «otros» de nuestra cultura se descubren, se despiertan. «La mujer es al hombre lo que el proletario es al burgués», dijo, justo antes de Marx, Flora Tristán. «La mujer es al hombre lo que el negro es al blanco», dicen ahora sus bisnietas norteamericanas. Las «hienas vociferantes» del Women's Lib se han aprendido muy bien la lección de los Black Panthers. El paralelismo con el camino recorrido por los negros americanos era más que evidente.

El flexible y servil tío Tom, cansado de vivir por poder la vida de su amo ha abandonado su chabola para dirigirse al templo de su hijo, Martín Lutero King. Este trató de asimilarse al blanco a la hora de reclamar los derechos civiles, pero sus intenciones no podían encubrir la realidad: era un sucio negro y así murió. Huérfanos de padre, Angela y sus hermanos se encerraron entonces en su «ghetto» de fieras. Tam-tams y pelo al estilo «afro». Guste o no al «White Power». Una música, un lenguaje, un comportamiento propios. Abiertamente agresivos y provocadores.

Idéntica radicalización en ciertos sectores femeninos. Única minoría cuestionada como tal, no es la primera vez que las mujeres adoptan —adaptan— el modelo revolucionario de otros grupos. Han imitado las luchas de clase y seguido los pasos del combatiente negro. Tres etapas. La femineidad sufrida como un «handicap» en nombre de su inferioridad. La femineidad desfigurada en el molde de la virilidad. En nombre de la igualdad. La femineidad reivindicada como la negritud. En nombre de la diferencia. Tres mujeres se han sucedido a lo largo de la corta historia de su liberación. Tres mujeres que hoy coexisten.

He pasado junto a las dos primeras sin llegar a reconocerme en ellas. Mi femineidad nunca me había producido complejo alguno. Ni de inferioridad ni de superioridad. Y, sobre todo, ningún complejo de igualdad: yo me aferraba a mi diferencia. Sin comprender muy bien por qué diablos se daba tanta importancia al asunto. Jamás me he visto bajo la mirada de Aristóteles como «monstruo del hombre». Como tampoco el hombre me ha parecido en ningún momento el monstruo de la mujer. Nunca me he sentido tampoco «hombre accidental», como pretendía el incrédulo Santo Tomás. Y menos aún «un macho castrado» tendido en el diván psicoanalítico del doctor Freud, un macho amputado de su pene. Ni me he sentido tampoco como el



A la mujer-pura-naturaleza, Simone de Beauvoir opone la mujer-pura-cultura.

reverso del patrón hombre. Ni caverna ni abismo. Esa famosa «ausencia», ese «vacío» que se me atribuía, me parecía, por el contrario, bien poblado. Lo «inesencial» en mí estaba a la altura de lo que él se atribuía de «esencial». Mi «inmanencia» nada tenía que envidiar a su «trascendencia». Mi continente negro se me antojaba, por el contrario, luminoso; el enigma y el misterio de mi «insondable alma femenina», un secreto de polichinela.

La mujer no podía ser, pues, más que un fantasma, una angustia en el corazón del mundo masculino. En lugar de aceptar su diferencia, el hombre ha preferido hacer de ella un ser inferior. Incapaz de comprenderla, ha optado por definirla. A su imagen. La ha convertido en una proyección de sí mismo, en un reflejo pálido de su persona. Sastre: «El hombre es un proyecto que se vive a sí mismo subjetivamente en lugar de ser un musgo, una podredumbre o una coliflor». El se erigió en sujeto y quiso que ella le estuviera sujeta. Así confeccionó una lista de sus cualidades y actividades «específicas». La confinó en la alcoba y la cocina; la envió al mercado. En nombre de su «papel biológico» y del «orden natural de las cosas». A todo eso lo llamé «eterno femenino».

La carrera de la «mujer auténtica» estaba, pues, trazada de antemano. Una sola alternativa: muñeca o criada. Seductora, diosa, objeto de lujo o bien administradora,

madre, criada. Un aspecto embutido en el otro o ambos enfrentados. En competencia unos con otros para mejor responder a la demanda masculina. «A los hombres no les gustan las mujeres —he oído decir en más una ocasión—, pero las mujeres se odian entre sí». La matrona contra la vampiresa, la ociosa contra la activa, la ama de casa arpa contra la criatura de ensueño.

Ahí radicaba la propia esencia de la femineidad: el resultado de una domesticidad lograda. O fallida. «Lágrimas, crisis de nervios, escenas en el hogar, amargura, infidelidades, depresiones, angustias por no ser suficientemente hermosas o jóvenes, o delgadas, o dulces, o inteligentes, o comprensivas —dice de ellas Anne-Marie Dardigna—; miedo de no estar suficientemente organizadas, de no ser capaces de «conservar» a un hombre, de no ser buenas madres o de no estar siempre a disposición de sus hijos o de su marido, sentimiento de culpabilidad por el hecho de trabajar o por no hacerlo, de ser demasiado sosas o excesivamente provocadoras, de parecer marmotas o de pasar por frías...».

Histérica, masoquista o ninfómana por no haber podido meterse en un pellejo que no era el suyo. «Una auténtica mujer es un cementerio de deseos, de sueños frustrados, de ilusiones. Los mares que no hemos podido surcar, las Amazonas que no hemos podido explorar, los amores, las amistades que no hemos podido vivir...» Poé-

tica constatación de fracaso de una militante.

No tenía otra alternativa. Por lo menos eso creía. Resignada a ser sólo una mujer, es decir, lo que el hombre ha querido que fuese una mujer. O bien a dejar de ser mujer para más parecerse al hombre. La mayor ambición que se le ofrecía: identificarse al varón. Para ser su «igual» había de desembarazarse de lo que hacía de ella un ser «inferior», despojarse de su hábito «femenino». Su primera preocupación consistía, pues, en anular la diferencia.

Se señalaba con el dedo toda actitud «femenina». Un grupo feminista monta una obra teatral. Los papeles masculinos y femeninos son distribuidos entre miembros del mismo sexo. Consternación de los personajes femeninos: «¡Pero entonces habrá que vestirse de muchachitas!...». Imperativo: liberarse de todo lo que las señalaba, las identificaba.

Leído en «Elle»: «Hace cien años las lágrimas corrían a raudales en los poemas y en los tocadores. Testimoniaban de una sensibilidad delicada. De una femineidad conmovedora. Hoy todo ha cambiado. El «kleenex» ha sustituido al pañuelo de encaje, y la mujer que aprjeta los dientes es más apreciable que la que llora». Lo sentimental, asunto de mujeres exclusivamente, era rechazado con un encogerse de hombros.

Para estar a la altura de las circunstancias era preciso recurrir a la contrafemineidad. Rechazar furiosamente lo que somos aun a riesgo de tirar al niño con el agua sucia. Algunos llegaban incluso a negar las leyes biológicas. A la certidumbre latina: «Tota muller in utero», Simone de Beauvoir respondió: «La mujer no nace, sino que se hace», acuñando así la frase más importante del feminismo culturalista. A la mujer-pura-naturaleza, ella oponía la mujer-pura-cultura. Al destino anatómico, el condicionamiento milenar. Olvidaba su biología para quedarse sólo con su «historicidad». No existía una mujer «esencial» como no existía un proletario predispuesto a serlo o como no había un criminal nato. La polémica naturaleza-cultura llevaba buen ritmo.

Jean Rostand había contribuido también al debate: «El hecho de haber jugado con una muñeca o con soldaditos de plomo tiene tanta influencia en la historia del individuo como la presencia de los cromosomas X o Y».

No faltaba más que tirar la muñeca y fingir que una se divertía con los soldaditos de plomo. Alisarse en el ejército de los hombres, engrosar sus filas. La mujer se ponía el uniforme viril y trataba de calzar sus pasadas botas. Valérie Solanas quería a la mujer «dominadora, segura de sí misma, violenta, egoísta, independiente, orgullosa, apasionada, libre, arrogante». Había que adecuarse a la imagen viril. Incluso en lo que ésta tiene de más insulto, incluido el aspecto sexual. Si coleccionaban a los hombres, si trataban a sus compañeros como objetos intercambiables, si hojeaban las revistas de efebos y ▶

YA ESTA A LA VENTA

Nº 5

Enrique Tierno Galván

PABLO IGLESIAS



**MANUEL AZAÑA:
DIALOGO DE LA
GUERRA DE ESPAÑA**



**FEDERICO GARCIA LORCA
Y «LA BARRACA»**

Director: EDUARDO HARO TECLEN



PABLO IGLESIAS, EN PERSPECTIVA HISTÓRICA, por Enrique Tierno Galván. ● BREVE CRONOLOGIA DE PABLO IGLESIAS. ● PABLO IGLESIAS Y MIGUEL DE UNAMUNO (CORRESPONDENCIA), por Víctor Manuel Arbelos. ● CEMENTERIO CIVIL: UN REFLEJO DE LAS DOS ESPAÑAS, por J. Antonio Gómez Marín. ● MANUEL AZAÑA: DIALOGO DE LA GUERRA DE ESPAÑA. ● «LA VELADA EN BENICARLO». ● «LA BARRACA», DE FEDERICO GARCIA LORCA, por Enrique Azcoaga. ● MINISTROS, CAMBIOS Y REVOLUCIONES, por Antonio Mullor. ● 1935, EXPLOSION DEL IMPERIALISMO FASCISTA: LA AGRESION ITALIANA A ETIOPIA, por C. A. Caranci. ● BARDUNG, AÑO VEINTE: EL DESPERTAR DEL TERCER MUNDO, por P. Costa Morata. ● LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DEL RENACIMIENTO, por Víctor Márquez Reviriego. ● «ESPAÑA 1945». ● LIBROS: José Gaos: Historia de nuestra idea del mundo, 1921. El PSOE y el comunismo en España. Un análisis divulgador del fenómeno vampírico. ● CINE: La reflexión histórica de los hermanos Tavani. Una entrevista de Fernando Lara. ● DEBATE. ● SALTES.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A:

TIEMPO DE HISTORIA
Conde Valle Suchil, 20. Tel. 447 27 00
Madrid-15

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL
(12 números): España: 500 pesetas.
Extranjero: 700 pesetas.

Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A «TIEMPO DE HISTORIA»

NOMBRE Y APELLIDOS _____
CALLE O PLAZA _____
N.º _____ TELEF. _____ CIUDAD _____
PROVINCIA _____ PAIS _____
FIRMA _____
SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)
a partir del próximo número del mes de _____
Formas de pago Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia». Envío GIRO POSTAL n.º _____

SER MUJER AL FIN

se jactaban de sus conquistas era para «hacer como ellos». El colmo de sus fines consistía, como observa Anne-Marie Dardigna, en «hacer de los hombres lo que éstos han hecho de la mujer: simples objetos de consumo sexual, y asegurarse, en una primera fase, una simetría perfecta con las actitudes masculinas».

Proyecto ridículo que las hacía aparecer, en el peor de los casos, como seres podridos de envidia, y en el mejor, como arribistas: «El hecho de imitar a los hombres —afirma Shulamith Firestone— no les había aportado más que una superficialidad sin esperanza; les resultaba difícil esa imitación, pues en el fondo se resistían a ella». Jamás se es libre cuando se imita. Todavía se encontraban más a disgusto en su nuevo pellejo de mujeres-machos que en el viejo y tradicional. Con un riesgo suplementario: el de perder su sexo.

Precio exorbitante, ¿a cambio de qué? La famosa igualdad de derechos. Hace años se leía en una revista femenina: «Mujeres y niños primero. Por primera vez en la historia marítima nadie lanzó ese anticuado grito a bordo del "Héléna". ¡Ya tenemos el mismo derecho oficial a la muerte que han tenido siempre los hombres!». Algo de que presumir.

Claro que es fácil ironizar. Hay que disfrutar de la igualdad de derechos para darse cuenta de que no somos ni seremos jamás iguales.

Es preciso comenzar a hacer uso de esos derechos para darse cuenta de que de ningún modo han atentado contra nuestra «condición femenina». Los hombres que nos gobiernan saben lo que hacían: concedieron el derecho de voto a nuestras madres lo mismo que quitaron las cadenas a sus esclavos. Con la misma sonrisa condescendiente, con idéntica hipocresía. La misma técnica para conseguir idénticos resultados: los antiguos esclavos son hoy el «lumpen», y nuestras madres votan como votaban nuestros padres.

La política se hace sin contar con ellas ni con migo, a pesar de nuestro derecho de voto. La justicia nos convierte en inferiores, la legislación fiscal nos penaliza. Apenas he logrado salir de esa eterna minoría de edad en que colocaba el código Napoleón.

No voy, sin embargo, a maldecir a mis bisabuelas sufragistas. Ellas no podían hacer otra cosa que lo que hicieron. Si su labor fue insuficiente, era, sin embargo, necesaria. Donde ellas trazaron la meta nosotras hemos fijado la línea de salida. Gracias a ellas podemos permitirnos el lujo de escribir como Annie Leclerc: «No reclames las cosas de las que goza el hombre, pues no son sino las armas de tu opresión. No reclames tu parte de un festín que se compone sólo de carroña».

Pertrechadas con esos derechos inútiles que había que conquistar, hemos aquí ya en busca de otra cosa. «¿Qué es la femineidad en 1975?». He hecho esa misma pregunta a decenas y decenas de mujeres.

La idea que de sí misma se forja la mujer es una imagen cambiante. ¿Y si dejase de definirse con relación al hombre? ¿Por oposición o por identificación? ¿Y si su femineidad fuese otra cosa que la no-virilidad o la cuasi-virilidad? «Ser una misma —afirma Gisèle Halimi— es rechazar toda relatividad respecto de la imagen viril». ¿Y si la mujer se asumiese tal cual es, sin referirse a modelo alguno? ¿Y si dejase aflorar al fin lo que siempre ha tratado de reprimir? «Tanto peor para él», grita en un himno a la vida Annie Leclerc.

No se trata de reanimar las viejas disputas en torno al peso del encéfalo. Ni de disertar sobre las virtudes del óvulo y del espermatozoide. «El óvulo —he oído decir en una reunión del Movimiento de Liberación Femenina— no es esa cosa pesada, estúpida y pasiva que se cree generalmente. Es, por el contrario, muy cuco. Se autoalimenta solo una vez por mes. Mientras que a los espermatozoides hay que ayudarlos, y qué despilfarro además...».

Es un hecho inédito en la historia de la femineidad: las mujeres que no habían aprendido a agruparse más que en los conventos y en los burdeles comienzan a hacerse solidarias unos de otras.

Principio de solidaridad que sucede a la vieja rivalidad. Las mujeres comienzan a interrogarse sobre lo que llamamos la «especificidad femenina», sobre los valores femeninos, la cultura femenina, el modo de existir femenino.

En busca de sus señas de identidad, algunas intentan un arriesgado retorno a las mismas fuentes. Una inmersión en la controvertida edad de oro de la mujer, en la aurora misma de los tiempos históricos. Así se aferran a las especulaciones prehistóricas de Engels para dar un salto vertiginoso hasta el neolítico. Hasta el período del matriarcado —de la matrilinealidad más bien—, ese período hipotético del que se dice que precedió al patriarcado. Un tiempo en que la fertilidad y la fecundidad eran sagrados. En que la mujer estaba en el centro mismo de la Naturaleza; su vientre, asimilado a la Tierra, y ella tenía poder sobre esa Naturaleza y esa Tierra. «El gesto de la siembra —afirma Monique Piatre— no era originariamente, por más que disguste al poeta, el gesto agosto del sembrador».

«Hasta entonces —refiere Françoise d'Esaubonne— tan sólo las mujeres poseían el monopolio de la agricultura y el macho las creía fecundadas por Dios. A partir del

momento en que descubrió a la vez sus dos posibilidades de agricultor y de procreador, dio el gran vuelco en provecho propio». Se apoderó de la fertilidad y fecundidad del suelo y el vientre de la mujer. Es lo que Engels llamó «la gran derrota histórica del sexo femenino». Una catástrofe de la que la mujer todavía no se ha recuperado. Hela ahí por siempre jamás, según Lucé Irigaray, «matriz-tierra, fábrica, banco al que se confiará la semilla-capital para que en él germine, se fabrique y fructifique sin que la mujer pueda reivindicar la propiedad ni siquiera el usufructo... Poseída como medio de (re) producción».

Un vínculo indirecto

Así parece ser que nació el patriarcado, la historia de un fuerte resentimiento del hombre contra la mujer, la historia de una venganza triunfante. El hecho de que la hipótesis esté cada vez menos generalmente admitida por la etnología contemporánea no parece importar a nuestras partisanas. El modelo prehistórico les da seguridad y las dinamiza: «No hay complejo que valga, sostienen sus adeptas. El patriarcado no es más que una perversión histórica de las relaciones entre los sexos, un avatar momentáneo».

Sin embargo, no todas lloran su paraíso perdido. Las referencias al pasado son gratificadoras, pero no imprescindibles. Es incluso preferible omitirlas. Los ejemplos de culturas femeninas no brillan más por su presencia en la arqueología que en la historia. Durante milenios la mujer ha permanecido en silencio. El hombre ha hablado por ambos sexos. ¿Y la Historia? Se ha narrado siempre desde el punto de vista masculino: «Las mujeres sólo figuran en la Historia en calidad de amantes de hombres ilustres, de intrigantes y de envenenadoras —ironizan dos neo-historiadoras—. La historia de las mujeres pasa por la alcoba: se lee en horizontal. Por el contrario, la de los grandes hombres —de los demás no se habla más que desde hace poco— se aprende en sentido vertical. A ellos se los presenta siempre de pie, aunque su inspiración les viniese en la cama».

La musa era mujer y la mujer siguió siendo musa. No proporcionó más que el alimento afectivo de la cultura. Siempre se puede agradecer que el arte deba algo a las mujeres. «Imaginémonos que todos los personajes femeninos fuesen eliminados de las novelas y películas, ¿qué quedaría?», se pregunta Shulamith Firestone. Y añade: «Las mujeres no tienen más que un vínculo indirecto con la cultura. Consagran a los hombres su energía emotiva mientras que los hombres subliman la suya en el trabajo. Así, el amor de las mujeres constituye el carburante de base de la máquina cultural».

Mezquina autosatisfacción. Poco importa el carburante. La máquina funciona para nosotros. En masculino. El hombre maneja siempre el volante. Es él quien dicta su código



No hay por qué maldecir a nuestras bisabuelas sufragistas. Si su labor fue insuficiente, era, sin embargo, necesaria. (En la fotografía, monumento a las sufragistas inglesas en Londres.)

go de la carretera que impone las direcciones prohibidas, las limitaciones de velocidad y las prohibiciones de girar. Es él quien habla. En los libros y en las leyes. En la tribuna y en el tribunal. Es él quien ha decidido siempre lo verdadero y lo bello. A la mujer tan sólo le ha correspondido actuar en consecuencia.

«Mi mujer es un violón». Pasquale Campanile, el cineasta italiano, tiene razón. Ella se imagina estar haciendo música cuando todo lo que emite, todas las notas y falsas notas de femineidad, todos sus cantos y contracantos han sido fijados de antemano. Por el violonchelista. No es, pues, culpa suya si desafina. No es un problema de competencia, sino de autenticidad. «Todo lo vivido está impregnado por el discurso y los clichés masculinos». Pascal Lainé sabe de qué habla. «El tejido ideológico es tan denso que la mujer no tiene posibilidad alguna de escapar a esa integración. Todas nuestras palabras nos llevan a pensar en masculino. Nada existe que no sea obra del hombre —confirma Annie Leclerc— ni siquiera yo. Yo menos que nadie».

Una clase de gramática salvaje, improvisada en plena calle por un grupo feminista: «¿Cómo se forma el femenino?». Respuesta de alumno diligente: «Siempre a partir del masculino». «Perfecto», dice la maestra. Una mala alumna interrumpe: «¿Y el masculino? ¿cómo se forma?». «El masculino existe!», replica la maestra. «¿Con qué concuerda el adjetivo?», pregunta después. «Con el nombre», responde el buen alumno. «Se pone en masculino si el nombre es del género masculino y en femenino si es del género femenino». «¿Y si hay varios nombres, masculino y femenino?», interrumpe la mala alumna. «En ese caso, el masculino gana siempre», afirma tajante la institutriz. Siempre. Incluso cuando se trata del género neutro. Para designar a la humanidad, hombres y mujeres disponen de un único término: el hombre. El hombre habla en nombre de los hombres. Su palabra es universal. El resto no es más que charla informal o encantadora.

Para acabar con su soliloquio no basta con robarle el micrófono o cortar la palabra. Hay que hablar y decirlo todo. No para contradecir todo lo que él ha dicho. Sino para que se diga lo decible. Para aventurarse en lo «inedito». «Toda mujer que quiere hablar por boca propia —afirma Annie Leclerc— no puede eludir la urgencia extraordinaria de inventar una mujer. Convento en que es una locura. Pero es la única razón que me queda». Escuchar su propio misterio. Convertirse en etnólogo del «continente negro» que una lleva dentro...

Está abierto el espacio para un discurso distinto. Un espacio en barbecho. Algunas mujeres comienzan a aventurarse por él. Luce Irigaray ha ido más lejos aún. Ella presiente ya lo que será la palabra en femenino: «Para referirse a la física —dice— sería un lenguaje emparentado con las propiedades

de los fluidos más que con las de los líquidos. Un lenguaje que correría a ritmos distintos, cuya dinámica se originaría en un cuasifrotamiento entre las palabras. Unas palabras se engazarían con otras sin que fuese posible separarlas nunca». ¿Anuncio de una cultura «inaudita»? Valdría la pena prestar atención. Aunque por el momento sólo se manifieste bajo el signo de la perturbación, del desorden.

¿De qué desorden exactamente? El mundo «ordenado» por el hombre marcha a la deriva. Se había llegado a pensar que era posible hacerlo girar en torno a un solo eje: el falo. Que se sostendría en pie apoyándose esencialmente en los valores viriles. Que dejando que se desarrollase hasta la hipertrofia la actividad, la competencia, la agresividad y la violencia se llegaría antes y más lejos?

Se llegaría, ¿dónde? Jamás el mundo ha sido tan frío, tan duro, tan nietzscheano. Tan masculino. Poseer, dominar, vencer. Grandeza, genio, heroísmo. Luchas, triunfos, fracasos. Exploración, explotación.

Progreso, progreso. Unas vueltas más y todo salta por los aires.

Receptividad, dulzura, apertura, aquiescencia, hospitalidad, reposo, paciencia: lo femenino ha sido deliberadamente eliminado. Lo mismo en las mujeres como en los hombres. Su acción reguladora y equilibradora ha sido neutralizada. «No existe ya región femenina en nuestra sociedad dominada por el centralismo masculino», se lamenta Pascal Lainé. Un mundo truncado y siempre referido a su razón.

No es que mi locura haya sido eliminada. Frente a su tentativa obstinada de abolir toda diferencia, de sacrificar toda «otredad», de referir el otro continuamente a sí mismo, mi locura ha pasado a la clandestinidad. Comprimido, continuamente reprimido, lo femenino consigue, sin embargo, aflorar a veces. Aunque sea bajo un disfraz místico, alucinario o psíquico. «Esos modos de perder conciencia en lugar de tomar conciencia —observa Suzanne Lilar— constituyen fenómenos de protesta contra el mundo masculino de la razón y la técnica».

¿Y si su locura consistiese precisamente en no haberse hecho eco de la mía? ¿Esa naturaleza femenina sobre la que se fundan las esperanzas más locas? Herbert Marcuse: «Una fuerza decisiva en la construcción de una vida radicalmente distinta». André Breton: «La última esperanza de nuestra civilización». Después del proletariado portador del universo, he aquí a la mujer depositaria del porvenir. Habrá que invertir en esta «rama podada de nuestra cultura», en «la otra mitad del cielo» oscurificada.

¿Una nueva religión de la mujer-mesías, de la mujer poseedora de la bondad y de la belleza? Si se quiere. Marginada durante milenios, tal vez haya guardado intactas las exigencias elementales de la vida. Ha llegado la hora de prestar oído a la femineidad, a la «feminitud», a la mujer; llamémoslo como queramos. «Hablar contra el padre —observa Claire Lejeune— equivale a hablar a favor del padre. Por eso el acto auténticamente subversivo del hijo consiste en escuchar el verbo inaudito de la hija». ■ M. R.

FAMILIA Y TRABAJO DE LA MUJER

COMO se ha dicho tantas veces, el principal obstáculo con el que tropieza el movimiento —o mejor, los movimientos— de liberación de la mujer es la diversidad de sus componentes: proletarias y burguesas, mujeres del campo y de la ciudad, de la opulencia y el subdesarrollo. Sus problemas y preocupaciones son diferentes, las consignas que provocarían su unión hasta contradictorias. Sin embargo, la separación más radical es mujeres casadas-mujeres solteras, al menos en las sociedades en donde un cierto nivel de modernización ha debilitado de modo sustancial la autoridad paterna. Este es el caso de la España actual, más grave, por otro lado, que el de la mayor parte de los países de cultura occidental.

En nuestro país —y hasta cuándo— la mujer casada es legalmente similar a un menor o a un débil mental. No dispone de ninguna capacidad jurídica sobre sus bienes, su persona o la de sus hijos a menos que le sea graciosamente otorgada por su marido.

El problema fundamental es que a esta dependencia de derecho se une la dependencia de hecho. La mujer casada española está muy lejos de un mínimo de libertad, base de la cual es, indudablemente, una cierta independencia económica. Para comprobarlo, basta con observar el cuadro núm. 1 (ver anexo).

La mayor parte de las españolas abandona el trabajo al casarse o al tener el primer hijo. Algunas de

ellas vuelven a él pasados los primeros años de crianza, pero no al que habían abandonado antes de casarse. Se inflan extraordinariamente los

grupos de «trabajadoras autónomas» y «ayuda familiar». Se trata de ocupaciones que, la mayor parte de las veces, no les ayudan a relacionarse con otras personas, a salir de la monotonía del hogar, a enterarse de lo que pasa por el mundo... Y estas son precisamente las motivaciones que las mujeres entrevistadas consideran más importantes a la hora de ponerse a trabajar. El grupo de autónomas comprende a mujeres que trabajan a destajo en su propio hogar, durante los ratos que les dejan libres las tareas domésticas. El trabajo es embrutecedor y mal remunerado. El grupo de «ayuda familiar» incluye a mujeres que ayudan al marido en su negocio, lo que no les proporciona ni siquiera un salario. Así, pues, a medida que la mujer es mayor pasa a desempeñar traba-

María Victoria
Abril Navarro
María Jesús
Miranda López

CUADRO NUM. 1

DISTRIBUCION DE LA POBLACION ACTIVA FEMENINA POR EDADES Y TIPO DE OCUPACION

	20/24 (%)	25/44 (%)
Empleadoras	0,2	0,7
Autónomas	6	16,0
Ayuda familiar	11	28,0
Asalariadas sector privado	74	44,0
Asalariadas sector público	6	8,6
Paradas	1	0,7
Error	1,8	2,0

Fuente: Encuesta Población Activa, 1971. INE, Madrid, 1973.